

JEREMÍAS

Jeremías García Ases, está nervioso. Se encuentra a la espera de noticias. Noticias que pueden cambiar su vida para mal, o para peor. Así de definitivas son las esperadas nuevas. Sabe, con independencia de lo que aquellas noticias aporten, que el mal para él ya estaba hecho, pues se había instalado en su interior una inquietud que hará que no vuelva a ser el mismo tras la experiencia que está viviendo. Por eso, ahora, su horizonte está pintado de negro, y su mundo enmascarado, esconde tras las cortinas, una tragedia.

El atribulado ciudadano Jeremías, está esperando dentro de una celda de la Comisaría de Policía a donde ha sido conducido detenido por agentes de la autoridad. Está allí dentro desde hace unas horas que a él se le están haciendo larguísimas. El Comisario de servicio está ocupado en los trámites preliminares necesarios en cualquier detención. De allí puede salir imputado, o puede que no haya pruebas contra él para acusarle, pero lo que será ya para siempre es sospechoso de un posible asesinato, y tendrá que cargar con ese “San Benito” toda su vida.

Jeremías, como la mayoría de los ciudadanos, nunca ha tenido nada que ver en asuntos con abogados, policías y jueces, y jamás antes se había visto entre rejas. Y todo aquello por un error. Un error que podía terminar con Jeremías García Ases acusado del asesinato y posterior descuartizamiento de un ciudadano todavía por identificar. Aún no entiende cómo ha podido acabar en aquel lugar bajo esa terrible acusación. Él no ha hecho nada malo. ¡Todo era un error!



Jeremías trabaja en la Estación Central del ferrocarril. Está destinado en el Departamento de Objetos Perdidos. Este departamento ocupa un viejo almacén del complejo ferroviario. Hasta allí llevan los objetos olvidados en los trenes, o en alguna de las salas de espera. Todo allí está depositado durante el tiempo que marcaba la Ordenanza, una vez pasado ese tiempo, todo lo que no había sido reclamado por sus dueños, se guarda en otro almacén de manera definitiva hasta que se decidiera su destrucción. Allí había una ingente cantidad de objetos perdidos y nunca encontrados desde nadie sabía cuándo. Todo era anotado en el libro de entradas, etiquetado, y ordenado en las estanterías. El orden era el orden, claro que pasado el tiempo a nadie le importaba ni el orden ni lo que pudiera contener lo allí

depositado. Las cosas percederas, y aprovechables, se las repartían entre los compañeros de distintos departamentos de la estación.

A Jeremías le pusieron como ayudante a Ramón. Ramón es un muchacho algo corto de entendederas. Su trabajo consistía en colocar en la estantería los objetos que traían al departamento. Jeremías lo anotaba en el registro, ponía la etiqueta, y Ramón, guiándose por el número de orden, los colocaba en la estantería. Para aquello tampoco hacía falta ser muy espabilado, aunque él había desarrollado otras habilidades: por el tacto, y el olfato, era capaz de saber qué contenían las cajas extraviadas. Aquello supuso un gran descanso para el jefe, y éste, como compensación a la buena disposición de Ramón, intentaba enseñarle a leer y escribir, cosas estas de las que el ayudante estaba a cero. También trata de que el muchacho corrija sus errores de pronunciación. La ilusión de Jeremías era haber sido Maestro de Escuela, pero...

Ahora tal vez sería conveniente hacer un detallado retrato de nuestro protagonista. No sabemos su edad, ni nada de su aspecto físico, ni de su estado social. Desconocemos cuáles son sus aficiones, si es que tiene alguna preferida. A nosotros hasta ahora solo nos ha llegado la noticia de su detención, nada más. Podemos decir que Jeremías, aparte de su trabajo como encargado del Departamento de Objetos Perdidos, no existe. Pero todos estos datos que desconocemos, y que en otros casos se haría imprescindible conocer, en el que nos ocupa no aportan nada especial a la historia, por lo tanto no debería merecer mucha atención por nuestra parte, sin embargo vamos a tratar de construir una fotografía lo más acertada posible de él.

Jeremías, como individuo y parte de la sociedad, no presenta ninguna característica especial que le haga diferente del resto de individuos de su misma especie. Diremos, sin miedo a equivocarnos, que Jeremías es un varón de mediana edad, (unos cuarenta años) no es alto ni bajo, ni guapo ni feo, algo regordete sin llegar a obeso, de pelo entrecano no muy abundante. De estar casado, (cosa que no sabemos) tendrá, como mucho, dos hijos, y si está soltero no los tendrá. Será aficionado a la pesca en el cercano puerto o, en otro caso, será aficionado al fútbol de salón, o sea, sentado en el sofá los domingos por la tarde con una cerveza a mano mirando la tele.

Como podemos ver, un ciudadano normal como existen muchos en este vecindario. Por esto han omitido una exhaustiva descripción del individuo en el parte de detención, y permite hacer el relato más ligero sin detenernos en particularidades que pueden resultar engorrosas para el lector. En definitiva, lo único que nos interesa de Jeremías, es conocer los hechos ocurridos y que dieron con sus aterrados huesos en una celda de la Comisaría del Distrito Marítimo.

Estamos a mediados del mes de Julio, y pasando los días más cálidos de un verano despiadadamente tórrido. Son las ocho de la mañana, y el termómetro muestra una cara preocupante para las horas venideras. Jeremías ya está sentado a la puerta del almacén frente a las vías. Se abanica con las hojas de un diario en un inútil intento de despejar el calor. Ha leído varias veces las páginas deportivas del periódico, y al final ha decidido, que el mejor uso que le podía dar era el de abanico. Y en eso está.

En aquellos días de tanto calor, el hombre se vuelve algo perezoso, (¿Quién no?) Está esperando que llegue su ayudante para ir hasta la cantina a desayunar. Y ya estaba tardando mucho. Era muy puntual. Siempre llega antes que él, pero hoy... La tardanza de Ramón comienza a preocupar a Jeremías. Solo espera que aquel retraso no sea la causa de una enfermedad o de un accidente. Está deseando verle aparecer por el andén sano y salvo. Tal vez le avise por teléfono de la causa de su tardanza. Parece ser que hoy el desayuna tendrá que esperar.

.- ¡Buenos días Jeremías!

.- ¡Hombre Gerencio! ¿Qué te trae tan temprano?



Gerencio es revisor en una línea de cercanías. Trae una caja que alguien había dejado olvidada en el tren.

.- Esto es producto de las prisas. Los tiempos modernos. No sé a dónde vamos a parar con tanta prisa.

Jeremías asiente con un movimiento de cabeza.

.- Las prisas no traen nada bueno.

Según la filosofía de los ferroviarios, la prisa debería figurar entre los pecados capitales. Nadie sabe la cantidad de horas que ellos pierden ocupándose de los olvidos de la gente. Los objetos perdidos se almacenan y almacenan sin que parezca tener fin.

.- La gente no tiene la cabeza en lo que debe.

La caja que trae Gerencio es de un color llamativo, parece difícil que alguien pueda olvidar algo así sin advertirlo. Es algo incomprensible para personas tan ordenadas como ellos.

.- ¡A este paso terminaremos todos locos!

.- A propósito, deprisa, dame el recibo que tengo apenas media hora antes de que salga de nuevo mi tren.

.- En fin, toma tu recibo, y buen viaje.

Gerencio toma el papel y sale a todo correr por el andén. Deprisa, deprisa,...

Gerencio ya se ha marchado y Jeremías queda solo, bueno, solo no, ahora tiene por compañía la caja que le acaban de traer. Entra en el

almacén, anota la entrada en el registro, coloca la etiqueta, y se dispone a colocarla en la estantería. Con la caja en las manos, le llega un tufillo desagradable. El molesto olorcillo le llega del interior de la caja.

.- Parece que lo que contiene esta caja que me ha traído Gerencio, es un perro muerto, o algo así. Aunque el pescado podrido también huele mal.

Él tiene experiencia en malos olores, y con la ayuda de Ramón, todavía más. Pero este olor, este olor,... La primera impresión que tiene es de olor a carne podrida, pero no está seguro de ser eso.

.- ¡Ojala el contenido de esta caja sea una buena ristra de morcillas, o unos chorizos picantes!

Y a Jeremías la boca se le está haciendo agua pensando en tan succulento contenido. Pero ese olorcillo,... Deposita la caja en la estantería, y colgado del imaginario olor a morcillas, vuelve a sentarse a la puerta del almacén.

.- Buenos días Jeremías. Ya que hoy no piensas venir a verme, vengo yo a traerte este café bien calentito con mucha crema.

Es Clarita la cantinera que viene a traerle el desayuno.

.- ¡Igual que tú Clarita! ¡Igual que tú!

Y en los ojos del hombre se encienden hogueras.

.- Tú siempre con lo mismo. ¿Tan mal te tratamos en la cantina que ya no vienes por allí?

La mujer pone en su pregunta más picante que cuando cocina caracoles.

.- Ramón no ha llegado todavía, y yo no puedo dejar esto solo. No sé qué le puede ocurrir. Estoy preocupado, él no suele faltar.

.- Igual es que ha encontrado novia y se ha fugado con ella. ¡Ja, ja, ja! Me marcho, que luego el jefe dice que me gusta mucho pegar la hebra.

.- ¡La hebra y lo que tú quieras, Clarita! Tú sabes que yo siempre estoy a tu disposición.

Clarita, colgada del halago, vuelve sobre sus pasos camino de la cantina. Los clientes y su jefe tienen poca paciencia, y no era cosa de perder el tiempo. Jeremías la contempla mientras se aleja. Mirándola se cree un Dalí imaginando siluetas de su cuerpo desnudo. Sonríe pícaro y vuelve a su asiento. El café que le ha traído Clarita, no le vendrá nada mal.

La preocupación por la no aparición de Ramón le sigue preocupando. No ha llegado ninguna razón ni noticia de él. Al menos podría avisarle por teléfono. Como no estaba bien acabado del todo, teme que le engañen y le causen algún mal, aunque fuese de broma. Le preocupa más allá de su relación laboral. Y es que Jeremías tiene un gran corazón.

Está degustando el café, y se siente incómodo, lleva pegado en la nariz aquel dichoso olorcillo. La caja que le ha traído Gerencio, le mosquea. No le gusta tener problemas con los olvidos que llegan allí en

mal estado, algún reclamante puede pensar que se ha estropeado por un mal cuidado, y eso a él no le gusta nada. Cuando ocurre que algún objeto está inservible o estropeado, termina en el cubo de la basura, y es lo que tendrá que hacer con la caja maloliente, si no, el mal olor lo invadirá todo.

Jeremías está decidido: tirará la caja a la basura. Entra en el almacén. La dará de baja en el registro como desecho, así se cubre las espaldas ante cualquier posterior reclamación. Él es muy cuidadoso en esto. ¡Orden! ¡Orden! Coloca la caja sobre una mesa, y se dispone a poner el sello de mercancía desechada cuando el olorcillo, ese olorcillo,... Jeremías ya está totalmente mosqueado. Aquel olor es algo desconocido en aquel lugar, y eso que los han tenido de todos. Nunca antes había olido algo semejante. No era un olor desagradable del todo, pero el olerlo hace que te sientas inquieto, como presintiendo que aquel olor procede de algo poco normal.

Jeremías siente la tentación de abrirla, no es la primera vez que tiene curiosidad por ver el contenido de una caja depositada allí, pero en esta ocasión, no sabe si hacerlo o no. Aquello va contra las normas y la moral de cualquier guardián de objetos ajenos, pero aquello estaba estropeado y no cree faltar a ningún precepto aunque lo abra. Él no va a apropiarse de nada, solo tiene curiosidad por saber qué es lo que despide aquel olor tan especial. Si él quisiera cometer un delito, allí debe haber depositados objetos de valor, y no aquella caja que debe contener desperdicios.



¡Y Ramón sin aparecer! Si él estuviera aquí esa lucha que ahora tiene en su interior no la tendría, le hubiera mandado tirar la caja y asunto terminado. Nunca haría nada contra las normas en su presencia, pero Ramón no está ni alguien que pusiera freno a su curiosidad.

.- ¡Tengo que abrir esta caja! Si no lo hago, esta noche no podré dormir.

A caballo de aquella determinación, Jeremías, (No está tranquilo.) se asoma al andén no sea que alguien se acercase hasta el almacén y le pille con las manos en la masa. Nadie por aquí, nadie por allá. Despejado. Entra y cierra la puerta, quien quiera entrar tendrá que llamar. Se dispone a abrir la caja. Del cajón saca una navaja y corta los precintos. Levanta las solapas, ahora el olor se hace más intenso. Aquel es un olor extraño que hace su respiración trabajosa.

Mira en su interior. Hay algo envuelto en una tela blanca con manchas de sangre. Con cierta aprensión, toma el envoltorio y lo deposita sobre la mesa. Valiéndose de unas pinzas, va tirando de la tela. Lo que deja al descubierto le hiela la sangre.

.- ¡Cristo! ¡Una mano! ¡Una mano humana!

Jeremías, encerrado en el almacén, maldice su curiosidad que le ha llevado a abrir la caja. El macabro envoltorio ha caído al suelo. Él lo está mirando sin saber qué hacer. Lo fácil hubiera sido, como era su costumbre, tirar la caja a la basura y todo arreglado. Ahora tiene delante de él quién sabe si la prueba de un asesinato. Y ahora, asustado, no se atreve a tirar aquello al cubo donde podrían descubrirlo, y verse metido en un serio problema. ¿Y si lo lleva a la policía? ¡No! La empresa le abriría un expediente disciplinario y le despediría por abrir la caja. ¿Qué hacer?

Desde que ha visto el contenido de la caja, Jeremías se encuentra mal. Consulta el reloj sufriendo lo despacio que pasa el tiempo. Ha tenido que abrir el almacén, y está esperando la hora de cierre para decidir qué hacer con el paquete. Casi se alegra de que Ramón no haya aparecido, ahora su presencia hubiera sido un inconveniente más. Sale al andén una y otra vez temiendo que algún compañero venga a pasar un rato con él. Eso sería fatal pues el olor lo ha llenado todo y él no tenía una explicación creíble para ello. La caja la tiene escondida debajo de su mesa, allí nadie podía verla, pero el olorcillo,...

Sentando a la puerta del almacén, fingiendo normalidad, piensa en la manera de deshacerse de la maldita caja. Puede depositarla sobre las vías, y algún tren se encargará de hacerla desaparecer, pero alguien podría verle durante la maniobra. La echará al mar. Eso no, pues las olas la devolverán a la orilla y la encontrarán. El cubo de la basura estaba descartado. El miedo le lleva a navegar por otra galaxia, solo desde la anormalidad podrá encontrar una solución, y desde allí se entretiene recorriendo las cloacas del submundo de su conciencia, buscando una respuesta a su pregunta: ¿Qué hacer? Las campanadas del reloj de la estación vienen en su ayuda. ¡Es la hora de cerrar!

Ha cerrado todas las puertas del almacén. Todo allí dentro queda en orden, y él lleva la caja debajo del brazo, sale de la estación por una puerta trasera lejos de la curiosidad de sus compañeros. Se ha quitado el uniforme de trabajo para pasar desapercibido entre los viajeros. Le ha costado un gran esfuerzo recoger el envoltorio y meterlo dentro de la caja; la ha envuelto en un papel que camufla la identidad de lo que lleva. Lo había decidido: de camino a casa se desviará por una calle que le lleve hasta el cercano río, y allí, entre las cañas de la orilla, abandonará su macabra carga. ¡Asunto arreglado!

Dejemos ahora a nuestro protagonista descansando en su casa, y veamos qué es lo que ha ocurrido desde que deja la caja entre las cañas en la orilla del río.



Raúl y Yolanda, dos jóvenes del barrio marinero, caminan con mucha cautela hasta el cañar. Un observador de su maniobra podrá darse cuenta de su nerviosismo. No hacen más que volver la cabeza a un lado y al otro temiendo ser descubiertos. Aquello sería muy inoportuno. Ambos tienen motivos para estar nerviosos.

Hace unos pocos meses que salen juntos como pareja. Ya son casi novios, y creen que aquella relación está para llegar más allá de unos besos furtivos. Saben que sus amigos, que llevan saliendo el mismo tiempo que ellos, ya hacen el amor. Una prueba que consideran necesaria para consolidar una relación amorosa. Y a eso van al cañar: a consolidar su relación.

Tras varias opciones, han decidido introducirse entre las cañas allí hay un claro donde otras parejas acuden para sus encuentros amorosos. Era un picadero muy concurrido. Sobre el suelo hay más de una manta, y preservativos allí abandonados como prueba de su uso.

Él lleva debajo de la camisa un plástico que colocará en el suelo para protegerse de la humedad, y en el bolsillo un condón que ha cogido del cajón donde su hermano mayor los guarda. Está bien informado y lo quiere hacer con toda garantía, no quiere sorpresas inoportunas. El plástico ya está sobre el suelo. Ambos se miran como esperando que sea el otro el que comience el ritual. De pronto, los jóvenes, olvidando su nerviosismo, comienzan a quitarse la ropa hasta quedar desnudos uno frente al otro. Ella, con la prisa, ha roto el cierre del sujetador, y él, al quitarse el calzoncillo casi cae al suelo.

Están como Adán y Eva entre las cañas, no era el paraíso, pero a ellos sí les parece estar en él. Él inicia el avance, y ella, encogida por la tensión del momento le recibe entre sus brazos. Unidos por el fuerte abrazo inician el viaje hacia el plástico, cuando un ruido entre las cañas les detiene. Se revuelven asustados, ¿Qué era aquello? Un hombre pasa a menos de dos metros de donde ellos se encuentran. El hombre lleva una caja debajo del brazo. Se detiene muy cerca. Mira a un lado y otro, y deja la caja en el suelo entre las cañas. Apenas un segundo, y el hombre vuelve sobre sus pasos. Ahora no lleva la caja.